

“pues de haber agotado los efectos del Rey, de que se
 “habia apoderado, envió á la fábrica de moneda los re-
 “licarios, las cruces, los cálices, y todos los demas va-
 “sos ú ornamentos de oro y plata consagrados al culto
 “de la religion católica. Imitáronle sus partidarios, y
 “en poco tiempo, todas las iglesias de que lograron apo-
 “derarse, fueron despojadas; y quanto mas ricas eran,
 “mas escitaban la avidez de los soldados. Y lo que mas
 “indignaba al clero y al pueblo católico era, que mu-
 “chas veces los robos y rapiñas de los herejes tenian
 “mas el carácter de la irrisión que de la necesidad.
 “Derribaban las iglesias, destruian los altares, que pro-
 “fanaban de mil maneras, mutilaban las imágenes de
 “los santos, cuyas reliquias quemaban con mofa, ha-
 “ciendo pedazos los ornamentos, ó aplicándolos á usos
 “ridículos, bajando hasta los sepulcros, y dispersando
 “los huesos en ódio de la religion católica que los muer-
 “tos habian profesado.” (*Espíritu de la Liga*, tomo I,
 página 127).

Por tan salvaje intolerancia hizo su primera salida al mundo el Protestantismo, é inflamó todos los sentimientos generosos, convirtiéndolos en delirio; y aun esta es la menor de las provocaciones y de las violencias, por las que atizaba las guerras que él mismo habia encendido.

Y de otra parte, ¿cuál ha sido la causa de estas guerras tan crueles bajo los reinados de Francisco II, de Carlos IX, y de Enrique III? ¿Es porque no se hubiese querido, en definitiva, tolerar en Francia á los Protestantes, que se les hubiese denegado el ejercicio de su religion contenida dentro de sus límites? No; y los numerosos tratados, pragmáticas y edictos que se sucedieron en su favor, dan el mas alto testimonio de lo contrario. ¿Cuál, pues, ha sido la causa de estas guerras? Fué que los Protestantes se armaron con estos edictos de to-

lerancia para oprimir á los Católicos, para querer apoderarse de la autoridad, para ver cómo sujetarian la Francia al yugo de la heregía: he aquí la verdadera historia. Así el edicto de enero de 1562, la pragmática de Amboise de 1563, la paz de Lonjumeau en 1568, la paz de San German en 1570, que concedieron tantas veces á los Protestantes el libre ejercicio de su religion,—cual en ninguna parte lo tenian entonces los Católicos en las naciones protestantes,—fueron principalmente rotos por los Protestantes ó por la fundada sospecha que se tenia de sus conjuraciones y de sus ataques; pues nada era tan insoportable para estos entusiastas sectarios, dice Lacroix, como una tolerancia, durante la cual no pudiesen hacer muchos prosélitos. El crimen de la de San-Bartolomé fué producido por esta larga serie de sorpresas, de maquinaciones, de violaciones, de tratados, de tentativas regicidas, por medio de los cuales los hugonotes procuraban siempre hacerse árbitros, y que acabaron por poner furiosa la Francia. Ella no queria ser protestante, y se la queria forzar á serlo. (1)

(1) Inútil parece el decir que ni la Religion ni la Iglesia han inspirado ni aprobado jamas el crimen de la San-Bartolomé. Sin embargo, se ha hecho prevalecer, para insinuarlo así, la acogida que la noticia tuvo en Roma, y el *Te-Deum* que el Papa Gregorio XIII hizo cantar en aquella ocasion. Pero no se ha hecho la justicia de decir que la corte de Roma no juzgó del suceso sino por el modo con que le fué presentado por la corte de Francia, es decir, como un golpe de Estado que habia caido sobre los conjurados en el momento en que iban por ellos mismos á degollar al Rey y á la Corte, y abismar la corte y la Catolicidad en un mar de sangre. Si Carlos IX presentó así los hechos, sobre el teatro y á la hora misma del suceso, en la silla misma que tenia en el Parlamento; si el Parlamento mismo, presidido por Cristóbal de Thou, no desmintió esta alegacion, y consintió en hacer el proceso á la memoria del jefe de los rebeldes, á todos sus adherentes y cómplices, ¿con cuánta mayor razon Roma, á quien nadie podia ilustrar acerca de la verdad del hecho, debió recibir la impresion, tan verosímil de otra parte, como falsa, que le fué

Por lo demas, en los horrorosos cuadros de esas guerras, los escritores filósofos, escribiendo quien mas quien menos para su convento, no han dejado de presentar en todo su realce los excesos de los Católicos, tanto como han ocultado bajo las sombras los de los Protestantes. Bien pudiéramos nosotros poner los de estos á toda luz, é invocar con Bossuet, en presencia de los lugares y de los documentos que se mostraban en su tiempo, marcados con el sello de aquellos crueles recuerdos, las matanzas cometidas en el Bearn por las órdenes de la reina Juana en una infinidad de sacerdotes, de religiosos

trasmitida por la córte de Francia? De ello tenemos ademas una prueba palpable en un documento, del qual se ha hecho un título de acusacion contra la córte de Roma, y que sirve, al contrario, para justificarla; tal es el discurso que Muret pronunció en aquellas circunstancias, y que esplica perfectamente lo que la córte de Roma entendia aprobar en el suceso de la San-Bartolomé. En este discurso, tan á menudo citado, para inculpar, como poco leido, Muret se expresa así: "Veriti non sunt adversus illius regis caput ac salutem conjurare, à quo post tot atrocía facinora non modo veniam consecuti erant, sed etiam benigne et amanter excepti. Qua conjuratione, sub id ipsum tempus quod patrando sceleri dicatum ac constitum est in illorum sceleratorum ac foedrífagorum capita, id quod ipsi in regem et in totam propem domum ac stirpem regiam machinabantur. O noctem illam memorabilem quae paucorum seditiosorum interitu, regem á praesenti caedis periculo, regnum á perpetua civilium bellorum formidine liberavit!" (*Mureti, Oratio XII, pág. 177, op. ed Ruhnkenii*). Ved ahí lo que entendió celebrar, lo que realmente celebró la córte de Roma: la represion de una conjuracion inminente, y el haberse librado el rey y el reino de la matanza que aquella se proponia por objeto. Este sentimiento era sin duda, no diré excusable, sino legítimo; y sin embargo en medio de las acciones de gracias que inspiraba, apareció contristado un semblante, derráronse lágrimas, y unos labios movidos por la ternura y la piedad no cesaron de repetir estas palabras que la injusticia de nuestros adversarios ha dejado para nosotros el honor de recoger y de citar: *¿Quién me asegurará que no haya perecido un gran número de inocentes?* Y estas palabras y estas lágrimas de padre fueron las palabras y las lágrimas de Gregorio XIII.

y de católicos, sin mas crimen que el de su religion y el de su órden; y las torres desde donde los precipitaban, y los abismos á donde los arrojaban, y los pozos del obispado en donde se les hacinaba en Nimes, y el puerto en donde se les ahogaba en la Rochelle, y los crueles instrumentos de que se servian para hacerlos ir al sermón de los Protestantes, y los registros de las municipalidades de la ciudad de Nimes, de Montauban, de Alais, de Montpellier, asi como las decisiones consistoriales en cuya virtud se hacian estas ejecuciones sangrientas con propósito deliberado y á sangre fria, no por el furor popular; y en fin, el silencio de Jurieu y de los demas protestantes, á la faz de los cuales Bossuet avanzó por dos diferentes veces estos hechos públicamente, sin que ellos hubiesen dicho una sola palabra para negarlos ó atenuarlos. (*Historia de las Variaciones, libro X, y Quinta advertencia á los Protestantes.*)

"Cuando se arrastra a los católicos romanos, dice un autor protestante ya citado, los degüellos de Paris bajo el reinado de Carlos IX, responden suspirando, que si sus antepasados se dejaron llevar hasta tales extremos, es porque se veian forzados á defenderse contra sus enemigos, prontos á echar por tierra su religion y su constitucion. ¿No tienen mas bien ellos derecho de echar en cara á los Protestantes todo el odioso encarnizamiento y el criminal entusiasmo de un espíritu vengativo, intolerante y perseguidor? Las representaciones de los parlamentos hacen estremecer por el cuadro de los horrores que ofrecen. Las dos conjuraciones de Amboise y de Meaux; cinco guerras civiles encendidas; plazas fuertes entregadas por traicion; las iglesias y los monasterios saqueados y quemados; los sacerdotes, los monjes y los religiosos degollados; hasta los simples fieles, en el ejercicio de su culto y durante una procesion solemne y santa, atrocmente asesinados

“ en las calles de Pamiers, Rodez, Valencia, etc., son los testimonios incontestables de la sangrienta barbarie que ejercieron los Hugonotes contra los católicos romanos, ya en paz, ya en guerra. Y confieso que no me atrevo á entrar á combatir esta acusacion, por desgracia demasiado probada por los hechos.” (Fitz-William, *Cartas de Atico*, pág. 115.)

Mas, sea rechazado para siempre y sepultado en el olvido el recuerdo de tales horrores, y no venga ya mas á contristar las almas de nuestros hermanos, ni alarmarlas, cuando acercados ya por la estimacion y por las relaciones de amistad, estamos ya á punto de unirnos en el seno de nuestra comun madre.

Decimos únicamente, para disipar una preocupacion que desfigura esta misma madre, que en estos horribles acontecimientos, el Protestantismo fué provocador, agresor, intolerante; y que si la sociedad católica se indignó contra él, fué por la exaltacion del sentimiento de su legítima defensa, sin lá cual los Católicos no hubieran tenido mas libertad que la que han tenido en todos los países en que ha dominado exclusivamente (1).

Por fin, si se quiere conocer el verdadero espíritu del Protestantismo, no hay mas que tomarlo en su origen, en sus padres, y en sus fundadores. ¡Por cierto quedarian muy admirados y muy embarazados, si tuviesen que admitir los honores de la tolerancia, y aun se disgustarian de ellos como de la mas insultante ironía!

Nunca en lengua alguna fué proferida espresion que se acerque á la sanguinaria violencia de los escritos de Lutero. Su libro titulado: *El Papado de Roma insti-*

(1) Ya en Francia mismo el Catolicismo estaba proscrito, donde quiera el Protestantismo habia llegado á tomar pié; y el edicto de Nantes, que parecia no haber sido dado mas que en favor de los Protestantes, lleva por título de una parte de sus disposiciones: RESTABLECIMIENTO DEL CULTO CATÓLICO.

tuido por el Diablo, es una mancha que afeará eternamente no tan solo la literatura alemana sino hásta los anales del género humano. “ El Papa (vacilo en transcribir estas asquerosas líneas, mas, ¿qué he de hacer sino citar el Protestantismo á él mismo, y presentarle un espejo para que sus partidarios de buena fe retrocedan al ver su rostro, y abjuren tanto horror?) El Papa es el diablo. Si yo pudiese matar al diablo, ¿cómo no lo haria aun con peligro de mi vida? Es un lobo rabioso contra el cual armarse debe todo el mundo sin aguardar ni aun la orden de los magistrados: de este modo no puede haber lugar de arrepentirse, á menos que sea de no haberle podido hundir la espada en el pecho.... Menester fuera, cuando el Papa está convicto por el Evangelio, que todo el mundo le azuzase y le matase, con todos los que con él están, emperadores, reyes, príncipes y señores, sin tener en ellos la menor consideracion. Si nosotros castigamos á los ladrones con la cuerda, á los asesinos con la espada, á los herejes con el fuego, ¿por qué no hacemos otro tanto con los peligrosos predicadores de la corrupcion, con los papas, con los cardenales, con los obispos, con toda la turba de la Sodoma romana que emponzoña sin cesar la Iglesia de Dios? Sí, nosotros debiéramos arrojarnos sobre ellos con toda especie de armas, y lavarnos las manos en su sangre.... Los monarcas, los príncipes y los señores que forman parte de la turba de la Sodoma romana, deben ser atacados con toda especie de armas; y es menester lavarse las manos con su sangre....” (T. XII, f. 233, sig.—T. I, f. 51, a.—T. IX, f. 24, b. ed. Witt. cit.). ¡Tal era el espíritu de tolerancia que animaba la primitiva iglesia de la Reforma!

Y no se crea que esta intolerancia fuese exclusivamente propia de Lutero; pues se estendia á todo el partido de los novadores, y los efectos se hicieron sentir de

una manera cruel. De esta verdad tenemos un testimonio irrecusable en Melancton, el discípulo querido de Lutero, y uno de los hombres mas distinguidos que haya tenido el Protestantismo: "Hallome en una opresion tal, escribia á su amigo Camerario, que me parece " encontrarme en la cueva de los Cíclopes; me es casi " imposible el esplicarte mis penas, y á cada instante " me siento tentado de huir."—"Estos son unos ignorantes, decia en otra carta, que no conocen ni la piedad " ni la disciplina; ved cuáles son los que mandan, y " comprendereis que estoy, como Daniel, en la cueva " de los leones."

Y qué dire de Calvino, que tenia á cada instante á la punta de su pluma los epítetos de *malvados, bribones, borrachos, locos, furiosos, rabiosos, bestias, toros, puercos, asnos, perros*, y otras lindezas de esta jaez; de Calvino, que escribió estas líneas: "En cuanto á los Jesuitas, que " nos son especialmente contrarios, preciso es matarlos, " ó si esto no se puede cómodamente hacer, espulsarlos, " ó cuando menos, aplastarlos bajo el peso de las mentiras y de las calumnias." *Jesuitae vero, qui se maxime nobis opponunt, aut NECANDI, aut si hoc commode fieri non potest, EJICIENDI, aut certe MENDACIIS ET CALUMNIIS OPPRIMENDI SUNT.* (Cf. Maur. Schenkl. *Institut. juris eccles. Landish.*, 1830, tomo I, pág. 500, citado por Alzog, *Historia universal de la Iglesia*, tomo IV, pág. 255). Si algun loco y oscuro jesuita, como los hay en la sociedad humana, y los habrá tambien entre los Jesuitas, hubiese alguna vez escrito semejantes líneas, ¡qué clamor no se hubiera levantado contra todo el Instituto, por desmentido que fuese por todas las doctrinas, y sobre todo por todas las doctrinas de esta Orden! ¿Qué partido no hubiera sacado de ello un calumniador de talento como Pascal, para difamar la Congregacion, y tras él toda la cohorte filosófica para difamar la Igle-

sia? Mas aquí no es un protestante oscuro y perdido quien ha trazado estas líneas friamente perversas, y que han tenido despues tan literal ejecucion; es el jefe frances del Protestantismo, es el Calvinismo en persona.

Y sabido es de otra parte con cuánta facilidad pasaba Calvino de las palabras á las obras en hecho de intolerancia y cuán árida y cruel era la suya: El suplicio de Servet, quemado vivo en Ginebra por haber vertido sobre la Trinidad una proposicion herética, segun el hereje Calvino, es el solo que se cita ordinariamente; mas ¡cuántos otros ejemplos pudieran citarse de la intolerancia de las diversas sectas protestantes hácia cualquiera que disintiese de sus opiniones, aun entre ellas! Así el médico Bolsec, desterrado; el consejero Ameaux, sepultado en una carcel; Jacobo Grünet, ejecutado; Gentilis, condenado á muerte por haber puesto solamente en cuestion la ortodoxia de Calvino; el predicador Nicolás Antoni, quemado vivo por causa del Judaismo; Funck ejecutado como discípulo de Osiandro; el canceller Crell, torturado de una manera infernal, y decapitado; Feliz Manz, ahogado en el agua á instigacion de Zuinglio; Henning Brabante, horriblemente mutilado y sentenciado á muerte á causa de un pretendido comercio con el diablo, son otros tantos testigos del Protestantismo contra sí mismo. Y aun estos son solo los nombres de alguna importancia. En el solo pequeño territorio de Nuremberg, trescientas cincuenta y seis personas sospechosas de heregía ó de sortilegio fueron ejecutadas desde 1577 á 1617, y otras trescientas cuarenta y cinco fueron condenadas á la mutilacion y al látigo.

Todas estas ejecuciones se verificaban no con precipitacion, sino con la mayor madurez imaginable, y hasta quedaron erigidas en doctrina. Melancton y de Beza justificaron científicamente la pena de muerte aplicada

á los herejes: Melancton, de acuerdo con Lutero, autorizó el asesinato de los tiranos (1)

Las mismas testas coronadas pagaron su tributo á la intolerancia del Protestantismo; y aquellas palabras del conde de Kent, *¡Así pueden perecer todos los enemigos del Evangelio!* que acompañaron el golpe que hizo caer la cabeza real á María Stuart, proclamando los verdaderos motivos de tan inicua ejecucion, no fueron otra cosa que el clamor del Protestantismo.

No olvidemos, en fin, que el primer asesinato jurídico de un rey por sus vasallos, que la primera testa real cortada en el seno mismo de los Estados que ella mandaba, es el hecho del Protestantismo; y que si este espantoso crimen se reprodujo en Francia, fué bajo la influencia general del Filosofismo, continuador del Protestantismo.

¿Y por qué tenemos necesidad de engolfarnos en la conducta y en los escritos del Protestantismo para saber lo que él es en materia de tolerancia? Hasta aquí solo hemos tratado de víctimas individuales mas ó menos numerosas, mas ó menos ilustres. Pero son reinos, son naciones, son pueblos enteros los que vienen á deponer contra él. ¿Cuál ha sido la suerte de los Católicos en Suecia, en Dinamarca, en Inglaterra, en Escocia, en Irlanda. . . . donde quiera ha prevalecido el Protestantismo? Cuanto mas fuerte se sentia, tanto mas tolerante podia ser. Pues bien, ¿cuál es la mezquina existencia católica que haya sido tolerada en los países protestantes, que haya sido admitida al libre ejercicio de su fe, y que no lo haya pagado por el entredicho de sus derechos civiles y políticos?

La revocacion del edicto de Nantes ha quedado como

(1) Walch, *Obras de Lutero*, tomo XXII, pág. 2.151 y sig.—Cf. Strobel. *Mis. cel.*, tomo I, pág. 170.—Ukert, *Vida de Lutero*, tomo II, pág. 46, y sobre todo el ensayo intitulado *el Asesinato religioso y político*, en las hojas históricas y políticas, tomo IX, pág. 737-70.

el grande crimen de intolerancia del Catolicismo; Protestantes y Filósofos viven de ciento cincuenta años acá del favor que sacan de aquella revocacion. No quiero internarme aquí en apreciar las causas de aquella grande medida. Lo que sé es, que Voltaire y D'Alembert en sus confidencias deicidas, se escribian lo que sigue: "En cuanto á mí, lo veo todo en este momento de color de rosa; veo desde aquí constituirse la tolerancia, los *Protestantes vueltos á llamar*, los sacerdotes casados, abolida la confesion, el *Infame aplastado*, sin que lo perciba." (4 Mayo 1762). Es regular que D'Alembert y Voltaire se diesen por comprendidos en ello; y si el llamamiento de los Protestantes era sinónimo del casamiento de los sacerdotes, de la abolicion de la confesion, del aniquilamiento del Cristianismo, y de cuanto á esto se ha seguido, confieso que, á pesar de mi vivísimo y muy sincero amor de la tolerancia, conozco que se ha menegado mucho mi indignacion contra la revocacion del edicto de Nantes.

La revocacion del edicto de Nantes fue de otra parte un acto político, una medida de bien público. Luis XIV es el único sobre quien recae la responsabilidad de este hecho; y esta responsabilidad no debia serle muy embarazosa ante el derecho público de su tiempo, si hemos de juzgar por estas palabras del protestante publicista Grocio, escritas cuarenta años antes de la revocacion: "Menester es que los Protestantes se penetren de que el edicto de Nantes y otros del mismo género no son tratados de alianza, sino disposiciones tomadas por los reyes para utilidad pública, y sujetas á revocacion quando el bien público exige que se revoquen (1)."

(1) "Norint illi, qui reformatorum sibi imperunt vocabulum, non esse illa foedera, sed regum edicta ob publicam facta utilitatem, et revocabilia, si aliud regibus publica utilitas suaserit." (Grocio, citado por el Sr. de Bausset en su *Historia de Bossuet*, tomo IV, pág. 66.)

Dos cosas hay que distinguir en la revocacion del edicto de Nantes: la medida y su ejecucion.—La medida en sí misma, que de otra parte se habia ya cumplido en detalle por muchos edictos restrictivos anteriores, encontró una general aprobacion, y ninguna reclamacion, ni aun por parte de las naciones protestantes, que la practicaban en su país con respecto á los católicos. Así Bossuet en su oracion fúnebre de Miguel le Tellier, pudo alabarla, sin ser tachado de intolerante.—La ejecucion, pasando de las manos de Colbert á las de Louvois, despues de la época en que fué pronunciada aquella oracion fúnebre, pasó á ser atroz, y en esta parte nos unimos sinceramente á nuestros adversarios para reprobarla. Pero en esto nada tiene que ver el Catolicismo. Y hasta es digno de notarse que Bossuet hizo frente á la opinion de su tiempo para sostener que no debia forzarse por género alguno de apremio, ni aun por las mas ligeras multas á los Protestantes á ir á misa (1); que en la diócesis de Meaux los Protestantes respiraron al abrigo del grande nombre de Bossuet, y que bajo su influencia, si ya no es por su misma mano, fueron redactadas la declaracion de 1698, la *Instruccion del Rey á los Intendentes*, y la *Carta del Rey á los Obispos*, que abrian otra vez las puertas del reino á los Protestantes, y les restituian sus bienes, bajo la única condicion de *consentir en dejarse instruir*, sin fijar término alguno para obligarles á explicarse acerca de los resultados de su *instruccion*; y que prescribian las mas suaves medidas y los mas sensatos y cristianos procedimientos para tratar con ellos.

(1) Es curioso á la verdad que se opusiese á Bossuet, para determinarle á la violencia en materia de religion, el ejemplo de los Protestantes, y singularmente el ejemplo de *Juana de Navarra*, la cual por decretos espeditos con el consentimiento de los Estados de Bearn, condenaba á multas exorbitantes, á la prision, y á penas aun mas fuertes á *todas las personas* que no asistiesen á las predicaciones.

Se ha ponderado contra Bossuet (*el Sembrador* de 28 de febrero de 1849) una carta que escribió á Nicole despues de la completa ejecucion de la revocacion del edicto de Nantes, y en la cual habla “del triste estado de la Francia cuando se hallaba obligada á alimentar y á tolerar, bajo el nombre de Reforma, tantos socinianos ocultos, tantas gentes sin religion, y que solo pensaban en derribar el Cristianismo.” “Yo adoro con vos, dice Bossuet, los designios de Dios, que quiso revelar por la dispersion de nuestros Protestantes este misterio de iniquidad, y purgar la Francia de estos monstruos . . .” Nos hace mos cargo de la impresion que debe producir en los Protestantes la fuerza de tales espresiones, y de la ventaja que creen poder sacar de ellas contra la memoria de Bossuet. Sin embargo, esta impresion y esta ventaja quedan ilusorias, si es que no se convierten contra el Protestantismo.

Y en efecto, ¿quienes son aquellos á que Bossuet en el secreto confidencial de una carta llama monstruos, y de los que da gracias á Dios por haber librado á Francia? ¿Son acaso protestantes adictos á su fe y perseguidos por ella? No por cierto: tanto en la intencion como en las palabras de Bossuet son, bajo el nombre de Reforma, gentes sin religion, socinianos ocultos que pensaban nada menos que en derribar el Cristianismo (esto es, como mas tarde lo hicieron los Filósofos, toda religion y toda sociedad), y cuya dispersion habia revelado aquel misterio de iniquidad. ¿De qué era culpable en esto Bossuet, y de que le acusaremos nosotros, cristianos sinceros, protestantes ó católicos? ¿Es quizás por haber descubierto demasiado con su mirada de águila al Filosofismo en el Protestantismo, ó porque, al verlo, se mostró demasiado sensible á los males que cien años despues habian de descargar sobre la Francia é inundarla de su propia sangre? Lo muy cierto es, que el elogio ó

el vituperio que le reservamos, deberemos compartirlo entre él y otros protestantes ilustres, cuyas expresiones en aquella misma ocasion no hacia mas que repetir, ó reproducir: “Descorrido este velo, exclamaba entonces Jurieu en Rotterdam; se ha visto el fondo de la iniquidad, y esos señores [los Protestantes] se han arrancado casi del todo la máscara, desde que la persecucion los ha dispersado en lugares donde han creido poder descubrirse con libertad. . . Los jóvenes, continúa Jurieu, venidos recientemente de Francia, henchidos con la tolerancia universal de todas las heregias y de su libertinaje, han creido llegado ya el tiempo, y que este era el lugar á propósito para darla á luz.” (*Tab. carta I, pág. 8, y carta VIII, pág. 479*). —“Así es, continúa Bossuet, cómo estaba educada la juventud entre nuestros pretendidos reformados. Estaba en cinta de la indiferencia de religiones; y este monstruo, que las leyes del reino no le permitian dar á luz en Francia, ha nacido al momento en que esta juventud libertina ha respirado en Holanda un aire mas libre.” [*Sesta advertencia*].

Hemos ya manifestado cómo la Holanda y la Inglaterra nos habian, cincuenta años despues, vuelto á regalar aquel veneno por la pluma de Voltaire, que habia ido á buscarlo en ellas, y que empleaba sus prensas para diseminarlo. Pero lo mas curioso es que los Protestantes extranjeros, adictos todavía á la fe cristiana, para repeler aquel tósigo de impiedad que les traian los refugiados de Francia, no reparaban en invocar las mismas medidas de rigor que allá se les enviaban. “Tiempo es ya, escribia Jurieu, de oponerse á este torrente impuro, y de descubrir los funestos designios de los discípulos de Episcopio y de Socino. Cuando el veneno empieza á pasar á las partes nobles, tiempo es de recurrir á los remedios. Prescindiendo de que el nú-

mero de estos indiferentes se multiplica de un modo que no nos atrevemos á decir, nuestra lengua no se habia manchado aun con tales abominaciones; pero desde *nuestra dispersion* acá, la tierra está cubierta de libros franceses que hacen consistir la caridad en la tolerancia del Paganismo, de la Idolatría y del Socinianismo.” (*Tab. carta VI.*) En tanto que Jurieu daba este grito de alarma en Holanda, y pedia que *se acudiese á los remedios* para repeler á los refugiados de la revocacion, y preservar de su contacto la fe cristiana; no se conmovia esta menos, ni exigia menores remedios para cortar de raiz el mismo mal en Inglaterra. Treinta y cuatro ministros de Francia antiguamente refugiados se lamentan allí “del escándalo que les causan los nuevos ministros refugiados, que hallándose infectados de diversos errores, trabajan en diseminarlos entre el pueblo, y estos errores tienden nada menos que á derribar el Cristianismo. . . . Tan grande es el peligro, añaden, y la licencia ha llegado á tal extremo, que ya no pueden las comunidades eclesiásticas disimular por mas tiempo, y seria hacer incurable el mal el aplicarle no mas que remedios paliativos.” (*Cartas escritas al Syn. de Amsterdam por muchos ministros refugiados en Londres.*)

Así es como el Protestantismo se hacia miedo á si propio, y como los refugiados de la revocacion eran acogidos por sus correligionarios en el extranjero. ¿Tenian estos razon ó no? A los actuales Protestantes toca el responder á esta pregunta. Lo cierto es que estas alarmas se han visto harto confirmadas por los sucesos, y que en todos los casos, seria una injusticia el echarlas en cara á Bossuet, cuando las hallamos casi en igual grado en el ánimo de sus adversarios.

En un principio no nos proponiamos mas que disculpar aquel grande obispo; pero si la digresion á que se